

cipal, sin que nadie se opusiera á su salida, pues léjos de eso, encontrándose cerrada la reja, y ausente el portero, uno de los principales empleados que se encontraba allí, fué á buscarlo y le mandó abrir. La condesa subió á una silla de posta y pasó á Londres; y aunque este episodio no fué el ménos singular del negocio, no lo aclaró.

Los últimos presos de alguna importancia encerrados en la Bastilla fueron doce diputados enviados al rey por la nobleza de Bretaña. Después de la asamblea de los notables, y á consecuencia del rumor de la próxima convocacion de los estados generales, gran número de nobles bretones se habian reunido en Vannes y en Saint-Brioux. Todos estaban descontentos de los ataques dados á las franquicias de su provincia, y creyendo que era oportuna la ocasion para hacer nuevas reclamaciones, se redactó una esposicion, y se nombraron doce diputados para llevarla á presentar al rey. Se llamaban el marques de La Féronnière, de Montluc, de Carné, de Trémergot, de La Rouerie, los condes de Nétumières, de Raedièrre-Peinboët, de La Fruglaye, de Geer, de Chatillon, y el vizconde de Cicé. Llegaron á Versalles el 14 de Junio de 1788. La policía los esperaba: se les espíó sin que lo sospecharan, todo el día de su llegada, y en seguida se les aprehendió y condujo á la Bastilla, en la noche del 15 al 16.

Pero ya esta fortaleza era ménos temible que ántes: la mágica palabra *libertad* comenzaba á hacer palpar los corazones: la audacia del despotismo disminuía de día en día: todo aunciaba una próxima regeneracion: el pueblo no tenia ya necesidad de contarse para conocer su fuerza, ni esperaba mas que una oportunidad para mostrar su omnipotencia. Esa oportunidad no podia tardar en presentarse.

XIX.

El fabricante Réveillon en la Bastilla.—El palacio real.—Preparativos de defensa de la Bastilla.—El pueblo en los Inválidos.—El gobernador recibe á los diputados enviados por la junta de las casas consistoriales.—Combate.—Rasgos de valor.—Toma de la Bastilla.—Presos encontrados en ella.—Cadáveres encadenados hallados allí tambien.—La Bastilla convertida en paseo público.

El año de 1788 habia sido de los mas calamitosos, pues en casi todas las provincias se habian helado todas las cosechas. Desde el mes de Octubre se hizo sentir el hambre, que llegó á ser terrible, á virtud de las maniobras de los monopolistas. Al mismo tiempo se reanimaba la vieja disputa del parlamento y de la corte: por ambas partes se queria conquistar el apoyo del pueblo, desdenado por tanto tiempo. El parlamento comenzó por renovar los principales artículos de la declaracion de la cámara de San Luis, que habia provocado la guerra de La Fronda. La corte respondió á este acto de hostilidad convocando los estados generales para el 5 de Mayo de 1789, y declarando que el número de los diputados del estado llano, seria igual al de los otros dos estamentos reunidos.

Si esto no alivió los padecimientos físicos del pueblo, aumentó sí sus legítimas esperanzas, y él olvidó todo para no ocuparse sino de las elecciones. Paris se dividió en sesenta distritos, que trabajaron todos al punto en la redaccion de los cuadernos en que se relataban todas las reformas que convenia practicar, y que debian servir de guías á los diputados. No se olvidó á la Bastilla en esos cuadernos, pues todos pedian su destruccion y la abolicion de las órdenes secretas.

No podia hacerse todo esto sin que resultara una grande agitacion: en los muelles, en los baluartes, en las plazas públicas, se formaron diariamente clubs, en que se discutian con vehemencia los asuntos del momento. De todas esas reuniones, ninguna era tan numerosa, ninguna ejercia tanta influencia sobre el pueblo, como la que habia dia por dia en el jardin del Palacio Real. Allí se hacian oír Camilo Desmoulins y Danton, oradores entusiastas que comenzaban su carrera política, y denunciaban sin pasion las tramas de la corte, en la que se pensaba en tomar medidas contra esa efervescencia popular.

Entretanto el hambre continuaba diezmando las familias pobres, al mismo

tiempo que el trabajo escaseaba mas, y que los amos, queriendo aprovecharse de la superabundancia de brazos, comenzaban á reducir el salario de los obreros, de suerte que aún los que trabajaban se veían casi en la imposibilidad de alimentar á su familia. Enardecíanse los ánimos cada vez mas, cuando á fines de Abril de 1789, se esparció el rumor de que un rico fabricante de papel llamado Réveillon, cuya fábrica estaba situada cerca de la Bastilla, habia anunciado la intencion de reducir á la mitad el salario de los numerosos dependientes que ocupaba. Al punto se forman grupos en todas partes: ruge el motin: la gente se encamina á la casa de Réveillon: se incendia la fábrica: se saquea la habitacion: se queman en la calle los muebles que no se pueden llevar. En aquel momento llega una compañía de granaderos encargados de restablecer el orden y que, sin intimacion prévia, sin dirigirle la menor amenaza, rompieron un fuego mortífero contra la muchedumbre que rodeaba la casa. A los granaderos no tardó en reunirse un batallon de suizos con dos piezas; pero cuando llegó ese refuerzo, el motin habia cesado ya, no quedando de él mas que los muertos y heridos.

Réveillon, en medio del tumulto, habia logrado refugiarse en la Bastilla, desde donde solicitó y obtuvo una orden de prision que le permitia permanecer allí hasta que se viera enteramente fuera de peligro; pero léjos de disminuir este, la fermentacion popular aumentaba dia por dia. Una grave dificultad se habia presentado desde luego á los estados generales, reunidos en Versalles el 5 de Mayo: se trataba de saber si los tres órdenes deliberarian separados ó juntos. La corte, la nobleza y el clero pedian la separacion de los estamentos, conforme á la práctica seguida hasta entónces. El estado llano sostuvo que la deliberacion debia efectuarse en comun, y despues de invitar varias veces y siempre sin fruto á los dos órdenes privilegiados para que se le uniesen, se constituyó el 7 de Junio en asamblea nacional, y procedió en el acto á los trabajos legislativos, que debian ocupar el periodo de sesiones. Luis XVI, asustado de esta resolucion, manda cerrar la sala de las deliberaciones con el pretexto de que hay que prepararla para la sesion real. Bailly, presidente de la asamblea, propone entónces á sus colegas reunirse en el Juego de Pelota, y allí juran todos no separarse hasta dar una constitucion á la Francia.

El 23 de Junio tiene el rey una sesion real, en que anula los acuerdos del estado llano, como ilegalmente dados, mandando luego á los estamentos que se separen para deliberar, y se retira. La nobleza y parte del clero obedecen el precepto; pero el estado llano permanece tranquilo en sus bancos. No tarda en presentarse el gran maestro de ceremonias, quien dirigiéndose al presidente Bailly, le pregunta si no ha oido las órdenes del rey.

—Las he oido, señor,—respondió Bailly,—y voy á tomar las de la asamblea.

Entónces se para Mirabeau, y con esa voz que conmovia á todos los corazones esclama:

—Señor, no teneis aquí ni lugar, ni derecho, ni voz. Salid pues, é id á decir

á vuestro amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas.

Al punto decreta la asamblea la inviolabilidad de sus miembros. Aquellos actos de vigor obtuvieron un éxito inesperado: la nobleza y el clero, asustados de su impotencia, se reunieron por fin al estado llano; y completada así la representacion, se ocupó en dar una constitucion al país.

Impelido por el partido de la corte, Luis XVI piensa disolver la asamblea por la fuerza. Versalles y Paris están rodeados de tropas; pero juntamente con el peligro crecia el entusiasmo del pueblo. En el palacio real, la voz de Danton y la de Camilo Desmoullins aumentaban diariamente su poder. Un dia se sabe que algunos soldados de las guardias francesas acaban de ser encarcelados en la Abadía, por haber asistido á aquella reunion. Al punto truena Danton contra ese acto arbitrario, preguntando á la animada concurrencia si la libertad no será nunca mas que una palabra, si no es tiempo de manifestar á los opresores que su poder no es nada ante el del pueblo, y termina gritando: “Libertad! libertad! vamos á libertar á nuestros hermanos!”

Un gentío inmenso se dirige sin demora á la cárcel de la Abadía, y crece y se arma como puede en el camino. La prision es atacada: se rompen sus puertas: se arrancan sus rejas, y se saca en triunfo á los guardias franceses. Danton y Desmoullins se dirigen en el momento á la asamblea, para pedirle que revalide con un decreto la libertad de los presos; pero la asamblea pensó que no era prudente provocar una ruptura ruidosa por un suceso sin importancia, y se contentó con enviar al rey una diputacion encargada de comunicarle los deseos de los parisienses, y de manifestarle que el acto de clemencia que se solicitaba de él tendria por resultado el completo restablecimiento del orden.

El rey prometió perdonar, con la condicion de que los soldados comenzarian por dar pruebas de sumision volviendo á la cárcel, y así terminó el incidente, que tuvo sin embargo, un resultado importante; el de asegurar á los parisienses el auxilio de las guardias francesas, soldados escogidos, cuyo ejemplo no podia ménos de ser seguido por otros muchos.

Entre tanto el número de tropas concentradas al rededor de la capital iba en constante aumento, y el baron de Bezenval, comandante de las de Paris, tomaba por su parte una actitud alarmante. Desde el 5 de Julio habia enviado á la Bastilla á un oficial de estado mayor encargado de ecsaminar el estado de la fortaleza, así como de darle parte de su armamento y guarnicion. Tambien el marques de Launey habia tomado ya precauciones, previendo un ataque que la fermentacion siempre creciente de los ánimos hacia presumible. Habia en las torres quince cañones, de los que once eran de á ocho libras, y cuatro de cuatro libras de balas. Se habian puesto en el patio principal, enfrente de la puerta de entrada, otras tres piezas de campaña igualmente de á cuatro libras. Llevadas del arsenal poco tiempo ántes, estaban cargadas á metralla. El gobernador habia hecho ademas sacar del almacen de armas y meter al castillo doce fusiles

de muralla, ó *juguetes del conde de Sajonia*, de los que cada uno tenia libra y media de balas.

La Bastilla contaba además para su defensa con cuatrocientas balas de fusil, catorce cofres de balas de cañon, quince mil cartuchos, algunas balas de calibre, y doscientos cincuenta barriles de pólvora del peso de ciento veinticinco libras cada uno. Esa pólvora la habian pasado en la noche del 12 al 13 de Julio del arsenal à la Bastilla, los suizos de Salis-Samade: quedó de pronto depositada en el patio, al siguiente día se la llevó en gran parte al calabozo de la Torre de la Libertad, guardándose el resto en la Santa Bárbara situada en la plataforma.

Fuera de todos estos cañones, de todas estas municiones de guerra, el gobernador habia mandado subir à las torres el 9 ó 10 de Julio, seis carros de piedras, fierro viejo, como rejas, tubos de chimenea, balas que no eran de calibre, encontradas en los fosos, y todo para defender el puente en caso de que las municiones llegasen à faltar, y de que los sitiadores se aprocsimaran tanto que el cañon no los pudiera ofender, lo que no podia ménos de efectuarse, puesto que à pesar de las precauciones tomadas por de Launey de ensanchar de noche, pocos días ántes, en cerca de pié y medio las troneras de los cañones, los que quedaban en frente del gobierno no podian asestarse mas cerca que sobre el puente de la avanzada.

Con algunos días de anticipacion se habian hecho reparar todos los puentes levadizos y quitar todos los garitones, à fin de que no pudieran servir para pasar el foso cuando se levantaran los puentes, y se habian llevado dichos garitones al patio de pozo.

Por último, de Launey habia mandado cerrar una ventana de su alojamiento que caia al patio del tránsito, con tablas de encino bien ajustadas, en las que se habian abierto troneras.

En cuanto à la guarnicion, no se componia mas que de ochenta y dos inválidos; pero desde el 6 de Julio la reforzó el baron de Venzeval con treinta y dos suizos del regimiento de Salis-Samade, mandados por un oficial.

Tal era el estado de las cosas, cuando el 12 de Julio por la mañana se fijó en todas las paredes de la capital una proclama del rey, la cual decia en sustancia que no se habian concentrado tropas en Paris y en sus alrededores, sino con la mira de tranquilizar à la gente honrada, y de contener à los bandidos que habian esparcido la alarma en la capital, entregándose al desórden, al pillage y al incendio. El pretexto era demasiado torpe para que se le diera crédito. ¿Dónde estaban esos bandidos contra quienes se hacian marchar cien mil hombres y doscientos cañones? Pronto se supo à qué atenerse, cuando se averiguó que el partido de la corte habia logrado derribar al ministro Necker, el amigo del pueblo, el que habia entrado francamente en la via de las reformas. Hizose evidente que las tropas reunidas no lo estaban para proteger à los parisienses, sino por el contrario para contenerlos y romperles el fuego en caso necesario.

La certidumbre del peligro que se aprocsima produce en el pueblo su efecto ordinario de ecsaltarlo en vez de calmarlo. Fórmanse grupos en todas partes:

la plaza de las casas consistoriales es invadida por un gentío inmenso, que no puede creer que el rey haya prestado su consentimiento à medidas tan abominables como insensatas. Se interpela à los electores que han tenido la sensatez de permanecer reunidos despues de las elecciones, à fin de poder continuar sus relaciones con los diputados que habian elegido. Pero al ver cuán terrible era la manifestacion que se preparaba, la junta electoral no se atreve à confirmar la noticia, à pesar de haberla recibido.

Se dudaba todavía aún cuando Camilo Desmoulins, que habia ido à Versailles, llega à la reunion del Palacio Real.

—Perdidos están los patriotas,—esclama;—Necker es desterrado, los regimientos suizos y alemanes llenan el campo de Marte y sus cercanias, (lo cual era cierto:) tal vez esta noche se tocará à rebato, como señal de una matanza à la San Bartolomé, de los amigos de la libertad. . . . A las armas! à las armas, y hagamos frente à los degolladores!

Estos gritos son repetidos por la muchedumbre; pero Camilo le ecsige que calle.

—El tiempo vuela,—agrega,—y es preciso que los patriotas se reconozcan. Adoptemos un color: escoged entre el verde y el azul.

—El verde! el verde! Ese es el color de la esperanza.

—Convenido,—dijo el orador.

Y sacando una cinta verde de la bolsa, fija una parte en su sombrero y da el resto à los concurrentes. Se hubieran necesitado diez mil veces mas para satisfacer à todos: así es que se reemplazó la cinta con las hojas de los árboles del jardín, que inmediatamente fueron trasformadas en cucardas.

—Adelante! adelante!—grita Desmoulins.

Armado de dos pistolas, se pone en marcha: la gente lo sigue, convirtiendo en armas como siempre, en semejante caso, cuanto encontraba à mano. Los teatros acababan de abrirse. Camilo los manda cerrar, recorre luego los baluartes, se apodera en un almacen de figuras de cera, de los bustos de Necker y del duque de Orleans, que habia sido el primero en reunirse al estado llano, los manda cubrir con un crespon negro, y la procesion continúa precedida de esos dos bustos y reforzada con un destacamento de la guardia parisiense.

La comitiva, que crecia constantemente, penetra por la calle de San Martin, llega à la de San Honorato, y la recorre sin obstáculo en toda su estension; pero al llegar à la plaza de Vendôme, encuentra un destacamento del regimiento Real-Aleman que le cierra el paso. Tíranse pedradas à los soldados, que contestan con fuego de peloton: la guardia de Paris toma partido por el pueblo, y la muchedumbre se apodera del terreno. Pero el príncipe de Lambesc, que se encontraba en la plaza de la Concordia con el regimiento de caballería de que era coronel, al oír el tiroteo de la plaza Vendôme, entra à galope en el jardín de las Tullerías, y acuchilla sin compasion à los paseadores, mugeres, niños, viejos. El príncipe mismo mata por su mano à un anciano inofensivo llamado Chauvet.

No se necesitaba tanto para convertir en rabia la cólera del pueblo: rechazados hasta la plaza de las casas consistoriales, los patriotas hicieron frente luego que llegaron allí; mas no se intentó forzar el puesto.

De repente salen de entre el gentío los gritos de *á las barreras! quememos las barreras!*

Las barreras parecían en efecto al pueblo, la vejación mas monstruosa que se hubiera podido inventar contra él. Quizá en este punto no tenía en el fondo enteramente razón; pero se le hacía tener sobrada por la forma. No se registraban los carruages blasonados: los empleados saludaban hasta el suelo á los grandes señores que entraban y salían, mientras se trataba á las gentes del pueblo como presidiarios, como salteadores de camino real. Se exploraban sus vestidos, sin que ni doncellas, ni mugeres casadas se vieran libres de tan escandalosa medida, y á menudo sucedía que la insolencia de los empleados se escudaba en ese escámen de todos los límites de la honestidad: Esto explica suficientemente el entusiasmo con que se recibieron los gritos de *á las barreras!*... Estas ardian dos horas despues.

Esperando los patriotas ser atacados á cada instante, pasaron la noche entera dándose el quien vive. Al amanecer, enviaron una diputacion á la junta electoral para pedir armas. Flesselles, prevoste de los comerciantes y presidente de la junta, contestó que no se tenían, pero que se esperaban de un momento á otro doce mil fusiles enviados de Charleville, y que en cuanto llegaran, se apresuraria á distribuirlos.

El pueblo se mostró satisfecho con esta promesa, si bien invadió entre tanto los almacenes de los armeros, el Guarda-Mueble y algunos otros depósitos, en que se apoderó de cuanto podía servirle de defensa. Las guardias francesas á la vez, desobedeciendo la voz de sus oficiales, dejaban sus cuarteles para reunirse con el pueblo. Llega la noche: en todas partes se toca á rebato, y al lúgubre sonido de las campanas comienzan á organizarse los patriotas, los cuales adoptan la cucarda azul y encarnada escogida por los electores, y esperan los doce mil fusiles ofrecidos por Flesselles. Pronto se sabe que la junta ha recibido en vez de fusiles, cinco mil libras de pólvora, detenidas por el pueblo en el momento en que se trataba de sacarlas de Paris. Se depositan en una de las salas de bóveda de las casas consistoriales, bajo la vigilancia del abate Lefevre, encargado de repartirlas al pueblo. Jamas hombre alguno ha dado pruebas de mas valor y serenidad que ese abate, que solo durante doce horas contra millares de furiosos, que se precipitaban sobre los barriles de pólvora para cogerla, no cesó de contenerlos. A los ménos escaltados procuraba hacerlos entrar en juicio: á los mas irritados presentaba el pecho con intrepidez. Necesitaba estar apartando incesantemente á los que llevaban teas, velas encendidas, á los que sacudían la ceniza de su pipa con una mano, alargando la otra para recibir pólvora. Aunque espuesto Lefevre á saltar á cada segundo, nada pudo determinarle á abandonar su puesto, y no dejó de repartir pólvora hasta que quedaron vacíos los barriles.

Seguíanse esperando los fusiles prometidos por M. de Flesselles, y al ver llegar unos cajones con el rótulo de *artillería*, se les abre á toda prisa, y se encuentra que no contenian mas que piedras.

La traicion era patente: el prevoste sostuvo que se habia cometido una equivocacion y nada mas. Los miembros de la junta fingieron creerlo; pero decretaron al mismo tiempo que se fabricaran inmediatamente picas y alabardas á espensas de la ciudad, y que se armara en el acto á los ciudadanos. Al propio tiempo arrancaban mugeres y niños el plomo de las casas para hacer balas.

Así pasó la noche del 13 al 14 de Julio: todas las casas estaban iluminadas en la prevision de un ataque que parecia inminente. Como á la mitad de esa noche, durante la cual nadie pensó en dormir, una noticia salida del distrito de los franciscanos, del que Camilo Desmoulin y Danton eran los miembros mas influentes, puso en conocimiento de todos los puestos, que habia cuarenta mil fusiles en las bodegas de la casa de inválidos, y que la corte habia resuelto que fuesen atacados los parisienses en la noche del 14 al 15.

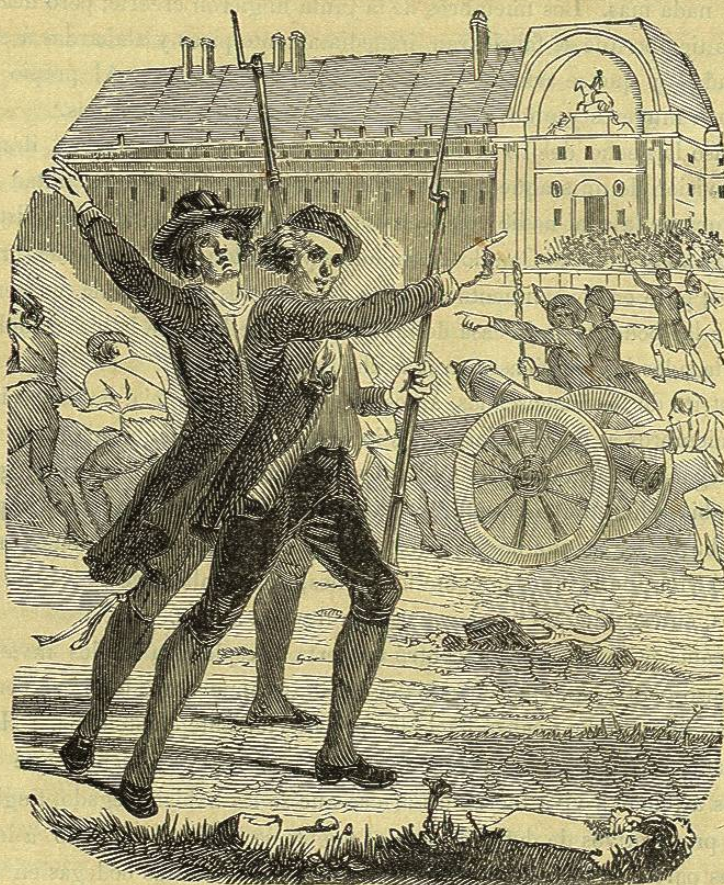
El distrito de los franciscanos, ántes de circular esa noticia, habia enviado dos de sus miembros al gobernador de los inválidos, M. de Sombrenil, para pedirle que entregara dichos cuarenta mil fusiles á la municipalidad; pero el gobernador lo habia rehusado, aunque prometiendo consultar á Versalles. La promesa era una burla: así es que no se le hizo caso, y se decidió que al amanecer se tomarian á viva fuerza no solamente los fusiles, sino tambien los cañones de los inválidos, en caso de que no se entregaran de bien á bien.

Al amanecer en efecto, se encontró cubierta la esplanada de los inválidos de un inmenso gentío, que marchando sin orden, aunque animado al parecer de una resolucion inalterable, avanzó hácia la reja fuertemente custodiada. Habiendo preguntado el oficial á los ciudadanos lo que querian, y sabiendo que estaban resueltos á tomar á viva fuerza las armas que se les habian negado, fingió hacer algunos preparativos de defensa; pero el pueblo se habia precipitado á los fosos por todas partes, escalando el declive opuesto, y corria á las bodegas en que estaban los fusiles. Se tomaron esas armas y luego los cañones colocados en la esplanada; y como gracias á la distribucion hecha por el abate Lefevre, no se carecia do pólvora, se encaminó la gente á la Bastilla, la cual, segun la voz pública, aparentaba que queria destruir á Paris.

Pero mientras los que no tenían armas iban á buscarlas á los inválidos, los que ya las tenían comenzaron á formar un cordon terrible en torno de la Bastilla. Los puentes de esta fortaleza estaban levantados: el gobernador habia mandado doblar el número de centinelas que se velan desde fuera, y ya en medio de la noche se habian tirado balazos, no para dañarlos, lo cual hubiera sido difícil á tanta distancia, sino para anunciar á los patriotas que sobre aquel punto debian dirigirse sus esfuerzos.

Todo permaneció punto ménos que tranquilo hasta las nueve de la mañana del 14. Las tropas que cercaban á Paris manifestaban, á lo que se decia, gran re-

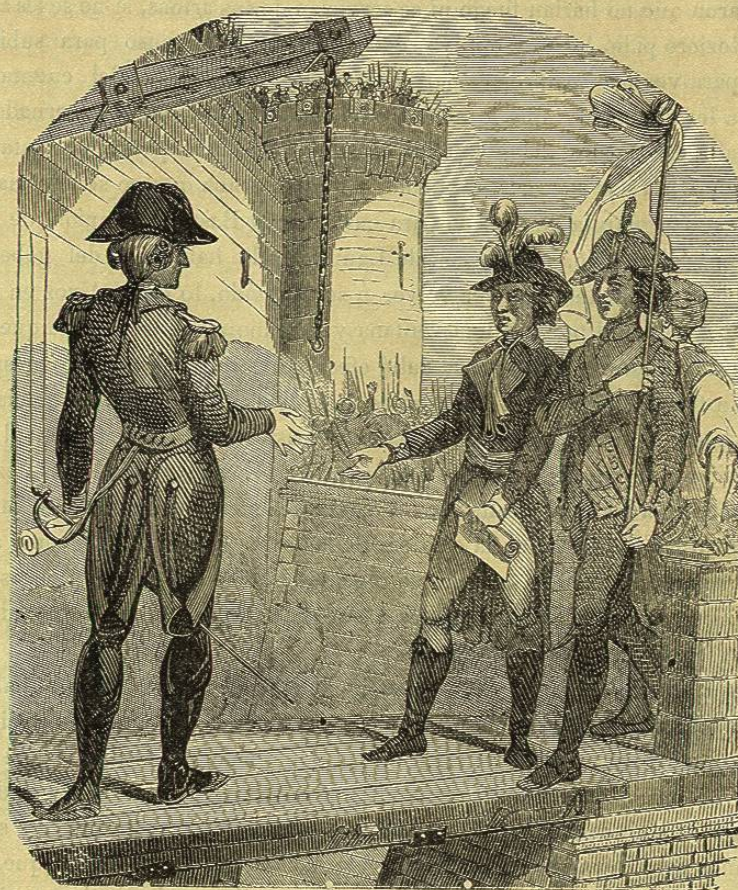
pugnancia á batirse contra el pueblo; pero las disposiciones del gobernador de la Bastilla parecian bien diferentes, y los cañones de sus torres asestados contra la ciudad, esparcian la alarma en la poblacion.



A eso de las diez, tres parlamentarios, enviados por la junta electoral, se presentaron en la reja de la Bastilla, y dijeron al centinela que deseaban hablar al gobernador como diputados de la ciudad. Esos tres diputados eran MM. Bellon, Villefort y Chaton, militares antiguos los tres. El centinela los condujo al pequeño puente levadizo, y mandó llamar al gobernador, que no tardó en presentarse seguido de su estado mayor. M. de Launey hizo bajar el puente; pero al ver el inmenso gentío que seguía á los tres diputados, declaró que solo estos serian recibidos, y que haria salir en clase de rehenes cuatro subalternos de la guarnicion, que quedarian entre el pueblo hasta que salieran los tres enviados.

Todo esto pasó con perfecto arreglo. El gobernador se empeñó en que los diputados almorzaran en su compañía; y respondiendo á sus reclamaciones, dijo

que sus intenciones no eran hostiles, y que si les desagradaba ver cañones asestados sobre la ciudad, los mandaria retirar, á pesar de que llevaban mas de un siglo de guardar aquella posicion. Así lo hizo en efecto, y los diputados se retiraban satisfechos, cuando se presentaron otros tres parlamentarios. El gobernador no quiso entonces sino recibir á uno, que fué Thuriot de la Rozière, abogado del parlamento, y enviado no por la junta electoral, sino por el distrito del Cultivo.



—Señor,—dijo al gobernador,—vengo en nombre de la nacion y de la patria á manifestaros que los cañones que se ven asestados en las torres de la Bastilla causan mucha inquietud, y esparcen la alarma en todo Paris. Ruégoos, pues, que los mandéis bajar, y espero que accederéis á la peticion que estoy encargado de hacerlos.

—Mis atribuciones no me lo permiten,—le respondió el gobernador.—Estas piezas han estado en las torres de tiempo inmemorial, y no puedo mandarlas ba-